El conquistador de lo imposible*

Según Bennassar, uno de los mayores especialistas mundiales en historia moderna de España, la vida de Cortés está llena de interrogantes que exigen nuevas investigaciones; aunque ya ha comenzado a avanzarse en este terreno, el resultado es aún incompleto. Los numerosos congresos y coloquios internacionales organizados en torno a 1985, para celebrar el quinto centenario del nacimiento del más famoso de los conquistadores, han supuesto un avance importante en la historiografía cortesiana, pero aún queda mucho por hacer. Bennassar reconoce que su afirmación puede resultar paradójica, teniendo en cuenta la gran cantidad de documentación disponible y la importancia de la bibliografía sobre Cortés, «pero –añade– la dimensión del personaje es tal que la mantengo». El autor de la biografía que comentamos da las gracias a todos los que han facilitado y hecho posible su trabajo: a los cronistas, en especial a Bernal Díaz del Castillo; a José Luis Martínez, por sus valiosos *Documentos cortesianos* y por su *Hernán Cortés*; a los autores de las ediciones críticas de la *Carta de relación*; a los historiadores Silvio Zavala, Miguel León Portilla, Hugh Thomas y Bernard Grunberg. Finalmente, para los realmente interesados en el tema, aconseja no dejar de leer o de releer, como él mismo ha hecho, *El naranjo* de Carlos Fuentes, obra que considera de capital importancia.

«¿Cómo escapar a la fascinación que aún ejerce ese hombre verdaderamente extraordinario?». Es la primera pregunta que el hispanista francés se hace al iniciar su biografía sobre Cortés. Considera que lo más asombroso en la vida de su personaje no es ya lo que realizó, sino que creyera que era posible hacer todo lo que hizo. Seguidamente se plantea un sinfín de interrogantes a los que va dando respuesta tras una rigurosa tarea de investigación que todavía juzga insuficiente: ¿Cómo Cortés creyó posible conquistar y someter, con unos pocos centenares de españoles, un territorio poblado por millones de hombres, que habían alcanzado una cultura refinada y que estaba dotado de una fuerte jerarquía social y de medios de información eficaces? ¿Cómo se sintió capaz de hacer frente a la envidia, los celos, la catarata de calumnias que desencadenaron contra él todos aquellos, y fueron legión, que buscaban perderle ante Carlos V, y a los que, indudablemente, no les faltaban argumentos?

* Hernán Cortés, El conquistador de lo imposible, *Bartolomé Bennassar, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 2002, 367 pp.*

¿Quién era en realidad ese hombre que supo ver de inmediato el gran provecho que podía obtener del don de lenguas de doña Marina, que contó con habilidad política suficiente como para idear las soluciones legales que impidieron que se le declarara en rebeldía y que, desde el inicio mismo de su aventura, supo explotar en beneficio propio las divisiones y el odio existentes entre los diversos pueblos que habitaban el México Central? ¿Quién era ese hombre cuyo excepcional genio militar resplandeció de tal modo, ya desde su primera campaña, que al estratega al que se le ha comparado con más frecuencia es Julio César?

Otras de las muchas preguntas que Bennassar se hace son: ¿Por qué sintió ese repentino deseo por participar en la expedición de Velásquez un hombre que hasta ese momento no había manifestado ningún interés especial por el descubrimiento de nuevas tierras? ¿Por qué se lanzó más tarde a una aventura tan peligrosa como inútil en América Central, cuyos resultados fueron desastrosos? ¿Qué le impulsó a organizar una nueva expedición, en la que descubrió el mar de Cortés, también llamado golfo de California? ¿Quién era ese hombre a veces cruel y a veces generoso, que explotó durante años a los indios sin el más mínimo remordimiento, pero que fue acusado de ser su protector frente a los colonos y que proclamó ante el mundo entero que el mexica era un pueblo tan dotado de razón y tan civilizado como el europeo? ¿Quién era ese varón siempre al acecho de las mujeres, da igual que éstas fueran españolas, indias o mestizas, que engendró una docena de hijos, se casó con una gran dama cuya belleza le fascinaba pero a la que, quizás, no supo seducir y ante cuya frialdad reaccionó limitándose a utilizarla para procrear herederos legítimos? ¿Quién era el veterano soldado que acompañó a Carlos V durante la desafortunada expedición a Argel de 1514? ¿Quién el cortesano nostálgico, alejado del círculo del Rey? ¿Quién el sexagenario humanista, obsesionado por la muerte y los problemas de salud?... Bennassar piensa que aún hay muchas respuestas por dar.

Y al tratar el tema que tratamos, no podemos dejar de mencionar que el México independiente, durante más de medio siglo, hizo grandes esfuerzos por olvidar a Cortés o, incluso, por negar su existencia, por expulsarle de la historia. Su biógrafo nos recuerda cómo los escolares y los universitarios mexicanos debían ignorar la tragedia de la conquista y al emblemático protagonista de esa conquista, para no conservar del pasado más que las imágenes y el patrimonio de las civilizaciones amerindias, las gestas épicas de la Independencia, la Reforma, con Benito Juárez a la cabeza, y la Revolución, cuyos campeones son,

con Zapata siempre en primer lugar, Pancho Villa, Venustiano Carranza, Álvaro Obregón y, por último, Lázaro Cárdenas. «La opinión pública mexicana –dice textualmente–, en contra de algunos intelectuales de gran talento, como Silvio Zavala o Carlos Fuentes, pretendió saltarse los tres siglos de la dominación colonial española de la que, sin embargo, dan continuo testimonio monumentos y obras excepcionales». «Pero la realidad es obstinada –añade–: México, convertido en un gran país, debía asumir la totalidad de su historia. Era imposible prolongar el silencio tejido en torno a Cortés, el hombre que, para bien y para mal, cambió el rumbo del destino de México».

El gran hispanista francés califica de inútil, superfluo, incluso absurdo, imaginar otra historia, la de un México sin Cortés, sin la irrupción de los europeos. Considera igualmente vano ver en el hombre de Medellín al embajador de la civilización, a un mensajero de la evangelización y de la adhesión de los pueblos paganos (cosa que no eran los mexicas o aztecas) a la fe de Cristo, aunque Cortés en sus Cartas de relación, se halla adjudicado ese papel y esa responsabilidad ante la historia. También considera absurdo acusarle de un genocidio que él trató de impedir con todos los medios a su alcance, ya que Cortés no concebía ese nuevo reino sin la multitud de pueblos que lo habitaban: garantizar su supervivencia era, pues, una simple razón de buen gobierno.

En la epopeya del conquistador, su biógrafo destaca que fueran cuales fuesen las notables cualidades del capitán, éstas no pueden definirse simplemente como una guerra que enfrenta a combatientes de élite, dotados de un armamento muy superior, con guerreros valientes pero mal armados y sin formación estratégica y táctica.

Tampoco podemos caer en el error, burdo y frecuente, de pensar que la tropa de Cortés no estaba formada más que por un conjunto de aventureros. El ejército de Cortés se trataba de un verdadero ejército, organizado y dirigido como tal. Esto significa que estaba sometido a una estricta disciplina. En cuando a las claves el éxito, Bennassar piensa que hay que buscarlas en la inteligencia de los conquistadores y en el sentido político de su jefe. «Si se quiere comprender lo inconcebible –dice– hay que tener en cuenta la cronología, la importante baza que jugaron los intérpretes, y el arma suprema de Cortés, es decir, la explotación de las divisiones existentes en el mundo indígena, sin por ello descuidar el papel desempeñado por el armamento, el valor de los hombres y el genio estratégico y táctico del conquistador».

Para el historiador francés, Cortés es el heredero de la tradición militar occidental que, desde Ale-

jandro Magno al Gran Capitán, pasando por Aníbal y César, ha convertido la guerra en una ciencia del combate. También considera que es un innovador, y a su manera, un adelantado de la llamada «democracia militar» ya que, aunque Cortés hace triunfar casi siempre su punto de vista, es cierto que consulta, que pide consejo y no sólo a sus capitanes. Todas las decisiones importantes están precedidas de largos debates en los que quienes mantienen opiniones contrarias se expresan con libertad.

El trabajo que comentamos puntualiza que el conquistador tuvo a su lado lugartenientes y colaboradores de gran valía. Sin embargo, el genio del comandante, el talento de sus compañeros y la evidente superioridad militar no habrían sido suficientes para el triunfo de la empresa. Éste se logró gracias a los conflictos existentes en el seno del mundo indígena, por el antagonismo entre los pueblos y por la oposición al reciente y gravoso dominio de los mexicas. A todo esto hay que añadir el papel fundamental que jugaron los dos traductores e intérpretes: Jerónimo de Aguilar y, sobre todo, doña Marina.

Como Jesús Salafranca, Bennassar estima que Cortés fundó las «fuerzas regulares indígenas» que prefiguran las creadas por los ingleses en la India, y por los franceses y los españoles en África del Norte, tres o cuatro siglos más tarde. Sus capitanes modificaron el armamento de los indios, añadiendo puntas de cobre a sus largas lanzas, dividieron los efectivos en compañías autónoma y enseñaron con gran éxito a los contingentes tlaxcaltecas nuevas técnicas de combate.

En la década de 1520, Hernán Cortés elabora, a caballo entre dos mundos, un proyecto semifabuloso, a medio camino entre la utopía admirable y el mestizaje creador y el sórdido realismo de la avidez de oro. «Un proyecto frustrado –comenta su biógrafo–, no hay ni que decirlo. Pero es innegable que ha nacido un nuevo mundo». Por estas fechas ya se está creando un México mestizo; mestizaje en principio deseado, querido, por los propios indígenas. Los indios practicaron de entrada, ya desde Tabasco, una costumbre frecuente en muchas civilizaciones, ofrecer a sus mujeres como un presente destinado a sellar la amistad entre los totonacas y los españoles, pero también para «hacer generación», es decir, tener hijos de los conquistadores. «Por lo tanto –dice Bennassar– es inútil adoptar el discurso «anticolonialista», del que el Quinto Centenario ya propuso un ingenuo florilegio, y hablar de violaciones en masa para explicar el fenómeno del mestizaje. No se pretende negar este hecho: ¿qué campaña bélica ha estado exenta de violaciones?».

Para el autor del libro que comentamos, Cortés fue a todas

luces el primer conquistador que se hizo dueño de un gran imperio, que venció a ejércitos constituidos por guerreros de mucho valor, que supo establecer alianzas duraderas y eficaces con los pueblos indios, que puso los cimientos de una nueva sociedad, introduciendo en América las plantas y los animales domésticos del Viejo Mundo. Todo esto sin que le costara nada al fisco real, beneficiario por el contrario de importantes envíos de metales preciosos.

En su biografía, Bartolomé Bennassar hace por rehuir tanto la Leyenda Negra como la almibarada hagiografía, consiguiendo así una equilibrada obra, en la que Hernán Cortés aparece como un gran estratega y un político inteligente, que recurrió a la fuerza sólo cuando no tuvo otra elección y que amó sin medida ese México que aún hoy sigue siendo, en gran parte, creación suya. «Hay que devolver a Cortés a la historia –decía Octavio Paz–. Sólo entonces los mexicanos podrán posar sobre sí mismos una mirada más lúcida, más generosa, más serena». El autor del presente trabajo ha aportado su grano de arena a esta importante tarea clarificadora, rechazando a un tiempo maldiciones y bendiciones.

Isabel de Armas

Ferrater prevé su muerte*

En su última obra, *F.*, Justo Navarro (Granada, 1953) se ha apuntado a una de las corrientes narrativas que más fecundos resultados están dando en la actual novelística española. Me refiero a ese género híbrido de narración que mezcla hechos reales con hechos ficticios (por ejemplo, con las lógicas diferencias de procedimiento y resultado, *Negra espalda del tiempo*, de Javier Marías; *Sefarad*, de Antonio Muñoz Molina, *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas). Aunque la técnica no es nueva, sí que últimamente se puede comprobar un creciente interés de los narradores por ensanchar y difuminar los límites entre hechos comprobables y hechos inventados, dando la misma importancia y categoría a unos y a otros, revolviéndolos para finiquitar la idea de género (si es que no estaba ya finiquitada) y desbordar la crónica, el reportaje, el ensayo o la novela convencional, para pegar cada vez más la ficción a la vida real.

Navarro ha ido un paso más allá al fundamentar completamente su

* *Justo Navarro*, F., *Anagrama, Barcelona, 2003, 124 pp.*